

LOS EXTRAMUROS CONTINENTALES

Javier Rodríguez De Ávila

La verdadera esencia de Cartagena del Caribe, en el ADN de la ciudad que pretendemos seguir conservando, está en el hecho de que es el producto de una invasión castrense. Fortificación es sinónimo de arquitectura militar. El conjunto defensivo, el carácter estratégico del enclave —como sus ejemplos puntuales— sobrepasan en calidad a los realizados por la arquitectura civil y religiosa desde su fundación y hasta el momento. Es que ha estado mucho más tiempo en manos españolas que con nosotros.

Sus cualidades comenzaron desde su asentamiento. En el último rincón, en el extremo recodo, allá escondida, protegida por cuatro pasos controlables, en el más lejano islote de la bahía, buscando refugio, nació y se desarrolló la ciudad. Las castrametaciones representan dominio, posesión, poder, rivalidades y defensas.

Sucede que la arquitectura militar de aquel momento —la denominada arquitectura moderna abaluartada—, la nuestra, la que se implantó en la ciudad, la que emplearon los conquistadores desconfiados, preveía que en sus diseños se utilizaran las murallas anchas

terraplenadas, anticipadas con diversas tratas obstaculizadoras, como los fosos que las adelantaban como medidas de estorbo para cualquier acercamiento enemigo. La geomorfología de los subrepticios islotes de Calamar y Getsemaní, de difícil acceso, se exhibió propicia y beneficiosa. ¿Para qué asentar la población en otra parte de la bahía, si ahí, en el escondite —además de fondos y aguas tranquilas— estaban naturalmente hechos los fosos que los cánones pedían? Indudablemente fue una medida esencialmente defensiva el haber escogido aquel escenario.

La ciudad de Cartagena del Caribe, la mercantil militarizada, la principal base naval armada del litoral, en su terreno encubierto, culminó ensamblada desde sus dos islas, manejando como táctica defensiva intencional sus humedales naturales y como un mecanismo ingenioso que le brindó la posibilidad, no sólo de dissociarse individualmente, sino principalmente, del beneficio logrado ante la contingencia estratégica de separarse con eficacia de un continente amenazador.

Repito, fue una táctica defensiva el haber escogido este escenario.

¹ Arquitecto, docente de historia de la arquitectura y del arte en las universidades Jorge Tadeo Lozano, en la seccional del Caribe, de Cartagena. Instruido en preservación de monumentos en Colegio de arquitectura de la Universidad de la Florida, en Gainesville, Florida. javierode@yahoo.com.mx



En el interior del recinto hemos realizado adaptaciones generales. El criterio de la gran mayoría de los restauradores en estos pasados treinta años de la declaración de la ciudad como Patrimonio de la Humanidad, ante una población que sigue funcionando con el incentivo del turismo, ha sido el reto de armonizar con acierto los acomodos implícitos en el ejercicio del preparar y restaurar. Aquello implica volver a instaurar, rehacer, volver hacer, modificar, pero también la obligación de preservar, mantener y hacer perdurar todo en medio de los nuevos usos planteados.

Trasformamos conventos y casas en hoteles, restaurantes y oficinas, e iglesias en salas de conferencias. Les instalamos electricidad, aires acondicionados, les construimos los baños internos que nunca tuvieron. En fin, después de haber formado a varios profesionales en el tema, hemos atinado en gran parte, al respetar la noción de los espacios originarios, las balconadas y otras calidades intrínsecas en la naturaleza de nuestro mudéjar con su directriz acodada. Pero todo aquello es válido porque no dañamos, ni causamos traumas en la concepción espacial de los ejemplos primarios, aunque la tendencia actual, auspiciada por los comerciantes ignorantes, por el gran capital que mueve el turismo cartagenero, ha llegado a producir la falsa predisposición que nos encamina peligrosamente a clausurar patios, tergiversar lugares

y producir fachadas artificiales que sólo se mantienen como caretas exteriores escénicas, tipo Disney World, después de destruir totalmente los ámbitos internos congénitos y esenciales. (Curiosamente, unos de los mejores ejemplos de este destrozo es la sede del actual Instituto de Patrimonio y Cultura).

Cosa parecida le ha sucedido a los desatendidos extramuros de la ciudad, al olvidarnos de que el planteamiento defensivo del puerto militar hacia tierra firme, el conjunto fortificado esencial, no se acaba en las murallas de su borde, sino que se extiende a sus zonas periféricas adyacentes, que se integraban a su defensa con “planes de fuego” específicos y vitales. El comercio ciego actual desconoce los caños, las zonas exteriores con sus tácticas defensivas conjugadas con San Felipe de Barajas, el Pastelillo, los puentes y el revellín de la Media Luna, y las lagunas protectoras. El comercio de los “shopping center” intrascendentes de las directrices actuales —que excluye y olvida, superponiéndose sobre el área— merece ser extirpado ante la urgente necesidad de preservar todo el valor táctico del sector y como parte integral y fundamental de la conservación completa de la herencia mundial de la ciudad militar.

Las zonas de extramuros de la ciudad, con la fortificación de San Felipe de Barajas incluida, han sido hostigadas por algunos “adefesios”. No hay justificaciones razonables que



permitan demeritar los atributos de los ejemplos que ya existen, que califican, montan, ascienden, por el peso de la historia, hasta ser considerados monumentos testamentarios para el futuro de la población mundial. No hay pretextos, no hay intereses que valgan más que la conservación integral de la ciudad caribeña militar con sus destrezas y estrategias.

Estas secciones son supremamente importantes. Me refiero específicamente al sector del glacis general de la ciudad, que incluye los caños, la zona defensiva primaria de una plaza fuerte defendida, asentada estratégica e intencionalmente en unas islas. Aludo a todas esas áreas externas complementarias, integradas en las bases del conjunto defensivo. Fue una medida estratégica preventiva el haber encaletado la ciudad en el último rincón de la bahía, buscando la protección de sus charcos, en dos islas que ni agua potable tenían, a pesar de que en la costa este todavía existe las riadas de Arroz Barato y Mamonal, y cerca de Pasacaballo, en aquel tiempo, derramaban en la rada eventualmente algunas lagunas que generaron la idea del actual canal de Dique.

Sin el más mínimo ánimo de conservar este espacio táctico de las inmediaciones, ha sido utilizado a través de los cortos años en manos colombianas en varias necesidades. Hacia aquellos arrabales se desbordó la ciudad

insular con la primera zona de tolerancia, con el corralón de Mainero posterior, los talleres del ferrocarril Cartagena-Calamar y los emblemáticos barrios de Chambacú, Pie del Cerro y el Cabrero. Hoy —si no hacemos nada— seguirá cayendo en las manos de los empresarios, que ven intuitivamente estas áreas cercanas al recinto antiguo como interesantes para actividades públicas y comerciales, sin conocer las estrategias defensivas hacia el continente de la ciudad militar isleña, ni valorar realmente las posibilidades paisajísticas y turísticas del sitio. Además, desconocen totalmente el ambiente y los cuerpos de agua, que como escudos defensivos, anteceden las cortinas de la ciudad isleña murada, exponiéndonos muy pronto a un semblante falseado similar al de las casas mal intervenidas que perdieron su esencia al destruir sus interiores.

En aquellos arrabales todavía permanece —aunque bastante deteriorado— el barrio del Espinal. Cambiaron la reglamentación. La zona estuvo congelada. El loteo y el manejo del área actual, programada para otras premisas, desconoce las tácticas de un asentamiento insular separado y unido al continente con un solo contacto defendido anticipadamente por la fortificación de San Felipe de Barajas, desde tierra firme.

Visto desde la perspectiva actual, y por la conciencia ya obtenida por la ciudadanía de



valorar, restaurar, preservar y, desde luego, hacer perdurar la naturaleza de la ciudad, esta tendencia irrespetuosa y otras intervenciones que puedan seguir contaminándola por los diferentes flancos de sus zonas originarias, simplemente desdibujarán los antecedentes innatos del entorno, lesionando su terreno originario operativo, indispensable para la plaza fuerte.

Se trata de salvar, de proteger las proximidades naturales de la ciudad amurallada hacia tierra firme, de amparar su fachada principal, de salvaguardar los bordes de los caños, de rescatar los puentes y los fosos defensivos de la Media Luna, de avalar los extramuros originales de una ciudad asentada en dos islas amuralladas. Es el conjunto, es la totalidad.

Señores, eso no es una utopía. Todos los vestigios del Dique-Puente de la Media Luna, están ahí bajo la calle, sólo a un metro y medio de profundidad. Yo espero que en los siguientes treinta años de la declaratoria de la ciudad como Patrimonio de la Humanidad, cuando haya más dinero, conciencia y voluntad por preservar —y me haya despedido de mis alegrías— mostremos los extramuros intactos, y que al final del siglo, cuando los tiempos de permanencia entre españoles y cartageneros apenas se emparejen, veamos arqueológicamente rescatadas las huellas del sistema defensivo asentado para el contacto con el continente, con el revellín, los fosos y sus puentes

controlables; y cuando el tránsito hacia tierra por ese sector pierda volumen, y se logre por otros sectores con viaductos subacuáticos o elevados, podamos demoler el feo puente alternativo que se levantó en la entrada.

Intentamos proteger, de cuidar principalmente el teatro bélico defensivo de la ciudad castrense hacia el continente, rescatando como mínimo la lectura del área marcada por su congénita línea de defensa, para entonces poder leer, captar, preservar y presentar claramente en el futuro la población isleña fortificada, desvinculada de tierra firme y resguarda en su entorno inmediato por los cuerpos de agua que la circundan.

En el siglo XVIII, la línea defensiva en las poblaciones guarnecidas se calculaba contando desde los muros hasta el alcance de un fusil a tiro rasante. Estos disparos prevenían, lógicamente, cualquier acercamiento peatonal. Con la artillería se lograban mayores distancias, sobre todo cuando se descargaba por elevación. Naturalmente, este mínimo espacio estratégico abierto, con su límite invisible paralelo a la línea poligonal descrita por los baluartes y cortinas, debía permanecer libre, exento de obstáculos o construcciones permanentes que lo entorpecieran, y como entenderán, es una premisa inseparable, significativa y vital en cualquiera decisión que intente recobrar y preservar la excelente calidad militar —el valor militar— de una ciudad



como la nuestra, que fue declarada esencialmente por eso, como un lugar que debe preservarse para la Humanidad.

Reitero los ejemplos puntuales. El conjunto defensivo de Cartagena del Caribe sobrepasa el valor de la arquitectura civil y religiosa. La cantidad de volúmenes que se le acercan es la causante principal de su detrimento y, además, serán los que sellarán la desaparición del contexto primario. La noción de la ciudad insular quedará borrada si no cuidamos su lectura.

Con el convencimiento del deber y las armas que tienen, las autoridades deben programar el futuro, y seguir por lo pronto incentivando el montaje de paseos peatonales en los bordes de tierra firme de los caños y lagunas defensivos -si es que ya no se los han robado— semejantes a los recién construidos en Puerto Duro, que nos patrocinarán el escenario original con su ecosistema, y nos revalorizarán las fachadas desatendidas de la ciudad insular hacia sus fosos y el continente. Se deben de detener todas las licencias de construcción, mientras se perfeccione la normativa del sector, en pos de conseguir un gran pulmón lúdico-ecológico con un diseño paisajístico que salvaguarde con una franja verde recreativa la zona defensiva. Así se podrá despejar por fin el glacis para que podamos ver rescatado el frente de la antigua puerta de la Media Luna, y se libere el monumento de San Felipe de Barajas, como

lo están las pirámides, o el arco del triunfo y otros monumentos en el mundo, que se exhiben desbloqueados, claros, expeditos, desembarazados de obstáculos.

En estos días se ha llegado a proponer la magistral, inconcebible, disparatada o amañada desviación de los reglamentos –posiblemente también maniobradas por los interesados– que permitirá sorprendente e irresponsablemente las construcciones de cuatro niveles, que darán paso a más agresiones en aquel espacio vital.

Por lo pronto, la palabra “demolición” desapareció. Sin embargo, y ante la necesidad de la movilización, ante la prioridad, pensando en grande, al ampliar la avenida Pedro de Heredia, se derrumbaron recientemente y sin complacencias, todas las propiedades que se requirieron en los trabajos de la vía, y todo aquello, para y por el bien de todos... Nadie chistó y nadie consideró que aquellas acciones tuvieran visos de utopía.

Hoy la tendencia, si no hacemos nada, va peligrosamente encaminada hacia la toma definitiva del lugar por la presión de los negociantes, y hacia el olvido de la mejor y la más grande de las muestras realizadas en América de las obras tácticas de un reino que intentó proteger un territorio tomado por la fuerza.

Cartagena, la del Caribe, es sinónimo de fortificación.

